

CELEPHAÏS

de H. P. Lovecraft



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una [Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[Celephaïs de H. P. Lovecraft](#)

En un sueño Kuranos vio la ciudad en el valle, y la costa del mar más allá, y el pico nevado que domina el mar, y las galeras alegremente pintadas que salen del puerto hacia regiones lejanas donde el mar se encuentra con el cielo. En un sueño también se le conocía por su nombre de Kuranos, ya que cuando estaba despierto se le llamaba por otro nombre. Tal vez era natural que soñara un nuevo nombre; pues era el último de su familia, y estaba solo entre los indiferentes millones de londinenses, por lo que no había muchos que le hablaran y le recordaran quién había sido. Su dinero y sus tierras habían desaparecido, y no le importaban las costumbres de la gente que le rodeaba, sino que prefería soñar y escribir sobre sus sueños. Aquellos a quienes se lo enseñaba se reían de lo que escribía, por lo que, al cabo de un tiempo, se guardó sus escritos para sí mismo y, finalmente, dejó de escribir. Cuanto más se alejaba del mundo que le rodeaba, más maravillosos se volvían sus sueños, y habría sido bastante inútil tratar de describirlos en papel. Kuranos no era moderno, y no pensaba como otros que escribían. Mientras ellos se esforzaban por despojar a la vida de sus ropajes bordados de mito, mostrar en desnuda fealdad lo repugnante que es la realidad, Kuranos buscaba sólo la belleza. Cuando la verdad y la experiencia no la revelaron, la buscó en la fantasía y la ilusión, y la encontró en su propia puerta, entre los nebulosos recuerdos de los cuentos y los sueños de la infancia.

No hay muchas personas que sepan qué maravillas se les presentan en los cuentos y visiones de su juventud; porque cuando de niños escuchamos y soñamos, no pensamos más que en pensamientos a medias, y cuando de hombres tratamos de recordar, estamos embotados y manchados con el veneno de la vida. Pero algunos de nosotros nos despertamos por la noche con extraños fantasmas de colinas y jardines encantados, de fuentes que cantan al sol, de acantilados dorados que sobresalen de mares murmurantes, de llanuras que se extienden hasta ciudades dormidas de bronce y piedra, y de sombrías compañías de héroes que cabalgan con sus caballos blancos caparazados por los bordes de espesos bosques; y entonces sabemos que hemos mirado hacia atrás, a través de las puertas de marfil, a ese mundo de maravillas que era nuestro antes de que fuéramos sabios e infelices.

Kuranos se encontró de repente con su viejo mundo de la infancia. Había estado soñando con la casa donde había nacido; la gran casa de piedra cubierta de hiedra, donde habían vivido trece generaciones de sus antepasados, y donde había esperado morir. Era la luz de la luna, y se había escabu-

llido en la aromática noche de verano, a través de los jardines, bajando por las terrazas, pasando por los grandes robles del parque, y a lo largo del largo camino blanco hacia el pueblo. La aldea parecía muy vieja, carcomida por los bordes como la luna que había comenzado a menguar, y Kuranese preguntaba si los tejados en punta de las pequeñas casas escondían el sueño o la muerte. En las calles había lanzas de hierba larga, y los cristales de las ventanas, a ambos lados, estaban rotos o tenían la mirada perdida. Kuranese no se había demorado, sino que había seguido adelante como si hubiera sido convocado hacia algún objetivo. No se atrevió a desobedecer la llamada por miedo a que fuera una ilusión, como los impulsos y las aspiraciones de la vida despierta, que no conducen a ninguna meta. Entonces se vio arrastrado por un camino que salía de la calle del pueblo en dirección a los acantilados del canal, y llegó al final de las cosas, al precipicio y al abismo donde todo el pueblo y todo el mundo caían abruptamente en el vacío sin eco del infinito, y donde incluso el cielo estaba vacío y sin la luz de la luna que se desmoronaba y de las estrellas que se asomaban. La fe lo había impulsado a seguir adelante, por encima del precipicio y hacia el golfo, donde había flotado hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo; pasando por sueños oscuros, sin forma, no soñados, por esferas que brillaban débilmente y que podían haber sido sueños parcialmente soñados, y por cosas aladas y risueñas que parecían burlarse de los soñadores de todos los mundos. Entonces una grieta pareció abrirse en la oscuridad ante él, y vio la ciudad del valle, brillando radiantemente muy, muy abajo, con un fondo de mar y cielo, y una montaña nevada cerca de la orilla.

Kuranese se había despertado en el mismo momento en que contempló la ciudad, pero supo por su breve mirada que no era otra que Celephaïs, en el Valle de Ooth-Nargai, más allá de las Colinas de Tanarian, donde su espíritu había habitado toda la eternidad de una hora una tarde de verano hace mucho tiempo, cuando se había escabullido de su nodriza y había dejado que la cálida brisa marina lo adormeciera mientras observaba las nubes desde el acantilado cercano a la aldea. Había protestado entonces, cuando lo encontraron, lo despertaron y lo llevaron a casa, pues justo cuando se despertó había estado a punto de zarpar en una galera dorada hacia esas seductoras regiones donde el mar se encuentra con el cielo. Y ahora se sentía igualmente resentido al despertarse, pues había encontrado su fabulosa ciudad después de cuarenta fatigosos años.

Pero tres noches después Kuranos volvió a Celephaïs. Como antes, soñó primero con la aldea dormida o muerta, y con el abismo por el que había que flotar silenciosamente; luego apareció de nuevo la grieta, y contempló los relucientes minaretes de la ciudad, y vio las elegantes galeras ancladas en el puerto azul, y observó los ginkgos del monte Arán meciéndose con la brisa marina. Pero esta vez no fue arrebatado, y como un ser alado se fue posando poco a poco sobre una ladera cubierta de hierba hasta que finalmente sus pies se posaron suavemente sobre el césped. En efecto, había regresado al Valle de Ooth-Nargai y a la espléndida ciudad de Celephaïs.

Bajando la colina entre hierbas perfumadas y flores brillantes caminó Kuranos, sobre el borboteante Naraxa en el pequeño puente de madera donde había grabado su nombre hacía tantos años, y a través de la susurrante arboleda hasta el gran puente de piedra junto a la puerta de la ciudad. Todo estaba como antaño, ni las paredes de mármol estaban descoloridas, ni las pulidas estatuas de bronce que había sobre ellas empañadas. Y Kuranos vio que no tenía que temer que desaparecieran las cosas que conocía, pues incluso los centinelas de las murallas eran los mismos, y seguían siendo tan jóvenes como los recordaba. Cuando entró en la ciudad, traspasando las puertas de bronce y sobre los pavimentos de ónice, los mercaderes y los camelleros lo saludaron como si nunca hubiera estado fuera; y lo mismo ocurrió en el templo turquesa de Nath-Horthath, donde los sacerdotes cubiertos de orquídeas le dijeron que en Ooth-Nargai no hay tiempo, sino sólo juventud perpetua. Luego, Kuranos atravesó la Calle de los Pilares hasta llegar a la muralla del mar, donde se reunían los comerciantes y los marineros, y los hombres extraños de las regiones donde el mar se une al cielo. Allí permaneció mucho tiempo, contemplando el brillante puerto donde las ondas brillaban bajo un sol desconocido, y donde cabalgaban ligeramente las galeras de lugares lejanos sobre el agua. Y contempló también el monte Arán, que se elevaba regiamente desde la orilla, con sus laderas inferiores verdes por el balanceo de los árboles y su blanca cima tocando el cielo.

Más que nunca, Kuranos deseaba navegar en una galera hacia los lugares lejanos de los que había oído tantas historias extrañas, y buscó de nuevo al capitán que había aceptado llevarle hace tanto tiempo. Encontró al hombre, Athib, sentado en el mismo baúl de especias en el que se había sentado antes, y Athib parecía no darse cuenta de que había pasado el tiempo. Entonces los dos remaron hasta una galera del puerto y, dando órdenes a los re-

meros, comenzaron a navegar por el ondulado mar de Cerenaria que conduce al cielo. Durante varios días se deslizaron ondulantemente sobre el agua, hasta que finalmente llegaron al horizonte, donde el mar se encuentra con el cielo. Aquí la galera no se detuvo en absoluto, sino que flotó con facilidad en el azul del cielo entre nubes lanosas teñidas de rosa. Y muy por debajo de la quilla, Kuranés podía ver extrañas tierras y ríos y ciudades de una belleza sobrecogedora, que se extendían indolentemente bajo el sol que parecía no disminuir ni desaparecer nunca. Por fin Athib le dijo que su viaje se acercaba a su fin, y que pronto entrarían en el puerto de Serannian, la ciudad de mármol rosa de las nubes, que está construida en esa costa etérea donde el viento del oeste fluye hacia el cielo; pero al llegar a la vista de la más alta de las torres talladas de la ciudad hubo un sonido en algún lugar del espacio, y Kuranés se despertó en su buhardilla de Londres.

Durante muchos meses, Kuranés buscó en vano la maravillosa ciudad de Celephaïs y sus galeras celestes; y aunque sus sueños le llevaron a muchos lugares magníficos e inauditos, nadie con quien se encontró pudo decirle cómo encontrar Ooth-Nargai, más allá de las colinas de Tanarian. Una noche voló por encima de oscuras montañas donde había tenues y solitarias hogueras a gran distancia, y extraños y peludos rebaños con campanas tintineantes a la cabeza; y en la parte más salvaje de este país de colinas, tan remoto que pocos hombres podrían haberlo visto jamás, encontró una horrible y antigua muralla o calzada de piedra que zigzagueaba a lo largo de las crestas y los valles; demasiado gigantesca para haber sido levantada jamás por manos humanas, y de una longitud tal que no se podía ver ninguno de sus extremos. Más allá de aquel muro, en el gris amanecer, llegó a una tierra de pintorescos jardines y cerezos, y cuando salió el sol contempló tal belleza de flores rojas y blancas, follaje verde y césped, caminos blancos, arroyos de diamantes, lagunas azules, puentes tallados y pagodas de tejados rojos, que por un momento se olvidó de Celephaïs por puro placer. Pero volvió a recordarlo cuando caminó por un sendero blanco hacia una pagoda de tejado rojo, y habría interrogado a los habitantes de aquella tierra al respecto, si no hubiera comprobado que allí no había gente, sino sólo pájaros, abejas y mariposas. Otra noche, Kuranés subió sin cesar por una húmeda escalera de caracol de piedra, y llegó a la ventana de una torre que daba a una gran llanura y a un río iluminado por la luna llena; y en la silenciosa ciudad que se extendía desde la orilla del río creyó contemplar algún rasgo o disposición que ya conocía. Habría descendido y preguntado por el camino a

Ooth-Nargai si no hubiera surgido una temible aurora desde algún lugar remoto más allá del horizonte, mostrando la ruina y la antigüedad de la ciudad, y el estancamiento del río de aguas negras, y la muerte que yacía en aquella tierra, tal y como había permanecido desde que el rey Kynaratholis volvió a casa de sus conquistas para encontrar la venganza de los dioses.

Así que Kuranés buscó infructuosamente la maravillosa ciudad de Celephaïs y sus galeras que navegan hacia Serannian en el cielo, viendo entretanto muchas maravillas y escapando una vez a duras penas del sumo sacerdote que no debe ser descrito, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y habita solo en un monasterio de piedra prehistórico en la fría meseta desértica de Leng. Con el tiempo se impacientó tanto por los sombríos intervalos diurnos que empezó a comprar drogas para aumentar sus períodos de sueño. Hasheesh le ayudó mucho, y una vez le envió a una parte del espacio donde la forma no existe, pero donde los gases incandescentes estudian los secretos de la existencia. Y un gas de color violeta le dijo que esa parte del espacio estaba fuera de lo que él había llamado el infinito. El gas no había oído hablar antes de planetas y organismos, sino que identificó a Kuranés simplemente como uno de los lugares del infinito donde existen la materia, la energía y la gravitación. Kuranés estaba ahora muy ansioso por volver a Celephaïs, que estaba repleta de minaretes, y aumentó sus dosis de drogas; pero finalmente no le quedaba más dinero, y no podía comprar ninguna droga. Entonces, un día de verano se vio obligado a salir de su buhardilla y vagó sin rumbo por las calles, cruzando un puente hasta llegar a un lugar donde las casas eran cada vez más finas. Y fue allí donde le llegó la plenitud, y se encontró con el cortejo de caballeros venidos de Celephaïs para llevarlo hasta allí para siempre.

Eran hermosos caballeros, montados en caballos roanos y vestidos con brillantes armaduras con tabardos de tela de oro curiosamente blasonados. Eran tan numerosos que Kuranés estuvo a punto de confundirlos con un ejército, pero su jefe le dijo que habían sido enviados en su honor, ya que fue él quien había creado Ooth-Nargai en sus sueños, por lo que ahora iba a ser nombrado su dios principal para siempre. A continuación, le dieron a Kuranés un caballo y lo colocaron a la cabeza de la cabalgata, y todos cabalgaron majestuosamente a través de las colinas de Surrey hacia la región donde Kuranés y sus antepasados habían nacido. Era muy extraño, pero a medida que los jinetes avanzaban les parecía que galopaban hacia atrás en

el Tiempo; porque siempre que pasaban por un pueblo en el crepúsculo sólo veían casas y aldeanos como los que podrían haber visto Chaucer u otros hombres antes que él, y a veces veían caballeros a caballo con pequeñas compañías de criados. Cuando oscureció, viajaron más rápidamente, hasta que pronto volaron misteriosamente como si estuvieran en el aire. En el tenue amanecer llegaron a la aldea que Kuranés había visto viva en su infancia, y que estaba dormida o muerta en sus sueños. Ahora estaba viva, y los aldeanos madrugadores hacían reverencias cuando los jinetes bajaban con estrépito por la calle y se desviaban hacia el camino que termina en el abismo de los sueños. Kuranés ya había entrado en ese abismo sólo de noche, y se preguntaba cómo sería de día; así que observó con ansiedad cómo la columna se acercaba a su borde. Justo cuando galopaban por el terreno ascendente hacia el precipicio, un resplandor dorado surgió en algún lugar del este y ocultó todo el paisaje en cortinas refulgentes. El abismo era un caos hirviente de esplendor rosado y cerúleo, y voces invisibles cantaron exultantes cuando el séquito de caballeros se precipitó por el borde y flotó grácilmente hacia abajo entre nubes brillantes y destellos plateados. Los jinetes descendieron sin cesar, con sus corceles palmeando el éter como si galoparan sobre arenas doradas; y entonces los vapores luminosos se separaron para revelar un mayor brillo, el brillo de la ciudad de Celephaïs, y la costa del mar más allá, y el pico nevado que domina el mar, y las galeras alegremente pintadas que salen del puerto hacia regiones lejanas donde el mar se encuentra con el cielo.

Y Kuranés reinó a partir de entonces sobre Ooth-Nargai y todas las regiones vecinas del sueño, y celebró su corte alternativamente en Celephaïs y en la Serania de las nubes. Todavía reina allí, y reinará felizmente para siempre, aunque debajo de los acantilados de Innsmouth las mareas del canal jugaron burlonamente con el cuerpo de un vagabundo que había tropezado con la aldea semidesierta al amanecer; jugaron burlonamente, y lo arrojaron sobre las rocas junto a las Torres Trevor cubiertas de hiedra, donde un cervecero millonario notablemente gordo y especialmente ofensivo disfruta de la atmósfera adquirida de la extinta nobleza.